

## Reseñas

# En el nombre de Euskal-Herria

Jesús CASQUETE

Ed. Tecnos, Madrid (2009)

El siglo XXI vino al mundo como se había ido despidiendo el anterior: sumido en cavilaciones angustiosas en torno al potencial destructivo de una condición humana que, desde los albores de la modernidad, anunciaba tiempos de progreso moral y sociedades pacificadas por el mercado racionalizador de las pasiones, la técnica pronosticadora del futuro y la educación promotora de igualdad de oportunidades. La tozudez de los hechos como el 11S, el 11M y otros de imborrable recuerdo para la sociedad global, además de ejemplos más inadvertidos sin el alcance mediático de aquéllos, ha puesto sobre el tapete la necesidad de repensar el papel y el alcance de la violencia como un elemento incrustado en los cimientos de modelos sociales que vaticinaban y soñaban con su destierro definitivo. En muchos casos, la opinión pública, científicos sociales y miembros de la grey política han mirado para otro lado llevados por el viento a favor de narraciones providencialistas que veían en el inexorable curso secularizador de las sociedades contemporáneas el principio del fin de una violencia cronificada en los sótanos de la superstición religiosa y el dogmatismo excluyente.

Si bien el proceso secularizador de la modernidad ha dado a luz un diseño distinto al de las viejas sociedades del Antiguo Régimen, toda vez que la religión ya no organiza unilateralmente el diseño de las biografías individuales y sociales, los arcanos de fundamentos sacros y excluyentes se abren paso en el tejido confuso de las creencias de nuestras sociedades en las que se reinstalan las verdades absolutas de ciertas tradiciones religio-

sas. Se trata de lo que las ciencias sociales denominan, en el seno de un debate permanentemente abierto, *religiones políticas*. Con esta expresión se remiten a aquellas comunidades y colectividades en las que el papel nuclear e incuestionado de la política determina, en clave esencialista y atemporal, los cursos de los acontecimientos sociales e individuales y modelos de socialización y pertenencia piramidales, excluyentes, de fuerte impronta carismática y contrarios a la capacidad de decisión e iniciativa de sus miembros. En ellos la cohesión del grupo y la fidelidad grupal destacan por encima de cualquier otra consideración. El nazismo alemán, el fascismo italiano y el estalinismo soviético constituyen ejemplos señeros de esas religiones políticas que hacen descender la salvación humana desde la trascendencia atemporal a la inmanencia histórica. Como decía el viejo Durkheim, una de las nuevas expresiones de la experiencia religiosa en la sociedad contemporánea sería la sacralización de la política (además de la privatización de la fe).

En todos estos casos, figuras como el Estado, la Nación, la clase, el partido o la raza sirven como aglutinantes de férreas y sólidas arquitecturas políticas que organizan sistemáticamente la interacción social e incluyen las biografías individuales dentro de su implacable proceso de gestión. Se convierten en procesos y proyectos sociales que homologan expeditivamente la diversidad constitutiva del tejido social sellando las relaciones y las instituciones con unos automatismos que contrarrestan la espontaneidad humana y el disenso en su interior.

En nuestro entorno más próximo destaca un caso de religión política cargado de saturación informativa y huérfano de análisis científico: el movimiento de liberación nacional vasco (MLNV). Este es el objeto de investigación de Jesús Casquete en su libro recién publicado *En el nombre de Euskal Herria*. En continuidad con una línea de investigación centrada en los rituales funerarios como elemento directriz de determinadas expresiones de religión política, este joven y brillante profesor titular de la Universidad del País Vasco rastrea las claves interpretativas que dan cuenta y explican las dinámicas de este entorno social. Su dominio manifiesto y solvente del análisis sociológico para hurgar con detalle y temple en sus tramas secretas, para seguir el tiempo largo de los desarrollos históricos de procesos concretos y una bibliografía actualizada y contrastada convierten al trabajo en un ejemplo de sensatez científica y en un recurso explicativo irrenunciable que retrata por dentro la genealogía del entorno radical vasco.

No se detiene en una mera descripción de hechos, ni se regodea en los lugares comunes al uso. Su propósito no es otro que el de atender a los procesos constitutivos de su universo, incidiendo en los materiales de que se sirven las prácticas sociales para hilvanar unas pautas recurrentes generadoras de señas de identidad, estructuras de lealtad y referencias de pertenencia. Sobre la base de este presupuesto sociológico el autor ofrece testimonio social e histórico de determinados procesos generadores de una memoria colectiva en la que se reconocen los miembros de la comunidad. La peculiaridad reside en que esa memoria, selectiva, como todas, incide en los difuntos que han dado su vida por la causa, que han ofrecido con su vida su mayor patrimonio por la liberación futura de Euskal Herria. La memoria del grupo rinde culto a aquellos que han muerto en actos de servicio, que han dejado en su ejemplo histórico la semilla de lo eterno y perdurable para las futuras generaciones: actos y comportamientos que han de señalar y orientar las prácticas de los futuros miembros de la comunidad.

El imaginario radical vasco se caracteriza por celebrar la muerte, por sacralizar a todas aquellas personalidades merecedoras de un lugar destacado en el panteón de la comunidad por no temer al destino fatal en la defensa de ésta. Por

ello, el rito funerario constituye la argamasa simbólica de la memoria colectiva en la que tiene lugar la exaltación de acontecimientos, lugares, fechas, himnos, composiciones musicales que generan el clima y la atmósfera de una determinada comunidad de destino. Ahí radican sus tramas de reconocimiento cuyo nutriente es la memoria de los héroes que han honrado y dignificado los reclamos y los desafíos del presente. Es una manera de sellar la continuidad y la familiaridad entre unos orígenes que se pierden en la noche de los tiempos donde permanece el recuerdo de batallas gloriosas y un presente que recoge ese legado y lo actualiza. Lo prioritario es la salud de la comunidad ante agentes adversos que amenazan su pervivencia.

En el entorno de esta religión política *en el principio está la muerte: en el principio de la memoria*, ya que acontecimientos como agravios, batallas y enfrentamientos bélicos del pasado remoto confieren legitimidad a sus exigencias y reclamos presentes; *en el principio de la cohesión del grupo* debido a la celebración funeraria de la sangre de los mártires derramada en defensa de la integridad grupal que fecunda y regenera a ésta; y, por último, *en el principio de las biografías individuales*, porque viven en una permanente deuda con una tradición colectiva de la que han recibido su identidad y que, por lo mismo, se arroga el derecho de decisión y, con él, el de inclusión y el de exclusión.

La muerte lo abarca todo. Coordina las estructuras del grupo ofreciéndole *cohesión y contenido: cohesión*, porque es el leit-motiv que articula los significados, los valores, las prácticas, las celebraciones, las manifestaciones, los recibimientos, los festejos, los objetivos y demás; *contenido*, porque desde su interior sus miembros aprenden a convivir con ella como un capital que habrá de dejar legado, ejemplo y semilla. La socialización en la muerte genera personalidades educadas en el todo o nada, en la lealtad o en la traición, en el nosotros versus los otros, en el ahora o nunca. Todo ello pavimenta el terreno para un escenario de tragedia, dolor, sufrimiento y miedo. En el los actores viven con naturalidad esa experiencia fatal e irreversible que engrandece sus biografías y la del grupo. El morir o el matar por la causa supone el billete de entrada en el olimpo de lo perdurable para unos actores que secretamente desean salvarse eternizándose en la memoria del grupo.

Por la presencia asfixiante de la muerte reina el inmovilismo en su seno. Nada se mueve. Nadie disiente. Nada se puede mover por riesgo a descomponer la sólida estructura interna. Es el dominio insultante de la rigidez y de los controles amenazantes, de la mirada hacia un pasado immaculado y, al mismo tiempo, agraviado y violentado. Es una comunidad en la que se ha parado el tiempo, en la que la historia ha enmudecido, en la que sus miembros nada tienen que decir porque *ya está todo dicho*. En ella enmohece la vida y se anuncia una repetición esterilizante y temible en la que nada se espera porque la decisión ya está tomada por el pasado, la tradición y el mito: *por todos y por nadie*.

En definitiva, el libro, además de por su acertada configuración interna y por su fiel adecuación a las cosas, es motivo de celebración porque contribuye a enriquecer el debate en una comunidad anestesiada por el miedo y por los clichés y los tópicos (en un sentido u otro). En su haber ha de hacerse constar el mejor servicio que la investigación sociológica ofrece a la ciudadanía: ampliar la mirada, poner nombre a múltiples silencios y el alentador ejercicio de dinamizar la palabra en un contexto seco y vacío de reflexión, debate y entendimiento.

Celso Sánchez Capdequí  
Universidad Pública de Navarra  
(Dpto.Sociología)